

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 441.

Alicante 17 de Mayo de 1879.

Año X.

CONFERENCIAS EN LA COLEGIAL DE SAN NICOLÁS.

Las que, según anunciamos oportunamente, están dando en dicha Iglesia, desde el 8 del corriente, los PP. Maruri y Martorell, de la Compañía de Jesús, han ido creciendo en importancia y atrayendo progresivamente un número considerable de oyentes, que aumenta de día en día hasta el punto de ofrecerse á la vista completamente lleno el espacioso templo con sus tribunas, prestando todos á porfía una respetuosa atención á la conmovedora y elocuente palabra de los oradores sagrados.

Al presenciar este religioso al par que consolador espectáculo, nos hemos preguntado: ¿Es que el pueblo, este nuestro amado pueblo está ávido de oír la palabra de la Religión, la palabra de Dios por boca del orador sagrado? ¿Es que el pueblo necesita oír esta palabra como alimento indispensable para su vida moral y religiosa? ¿Es que el mismo pueblo en su racional y noble instinto comprende que estas predicaciones son necesarias para su bienestar social,

aparte de ser el camino recto que lleva á su bienestar postrero?

A estas tres preguntas podemos contestar desde luego afirmativamente, y lo hacemos con especial complacencia, porque esto nos revela que aún hay esperanza de salud para el nuevo Israel, que ocupa sin duda un lugar preferente en los altísimos designios de la Providencia.

Avido está ciertamente el pueblo de oír las enseñanzas divinas, porque comprende, siente que le levantan de su postración moral y religiosa, y le llevan á una atmósfera más pura y consoladora que la que aquí abajo de ordinario nos rodea. Avido está de oír esas enseñanzas, no porque deje de oírlas en absoluto, sino porque no las oye frecuentemente, no puede saborearlas todos los días. ¡Es tan escaso el número de operarios! ¡Ha quedado nuestra Iglesia tan pobre de Ministros! Tan pobre, que apenas hay los precisos para desempeñar las funciones ordinarias del culto. Por esto, aunque se reparta la palabra de Dios á los fieles, no puede hacerse ni con la abundancia, ni con la frecuencia, ni, por consiguiente, con la eficacia que fuera de desear.

Desde que la estrella fatal de nuestros tiempos arrancó de nuestro suelo aquellos centros de Levitas educados y destinados por su institucion y por sus votos al servicio moral de la sociedad, ésta siente un vacío inmenso que nada es ni será bastante á reemplazar. Por esto tambien el pueblo no oye bastante la palabra divina, y está ansioso, ávido de ella, siendo por ende necesario que acudan sembradores y cultivadores de estos campos que pertenecen al patrimonio de la Iglesia católica.

Siente el pueblo, sin duda alguna, la necesidad de la palabra divina como alimento indispensable para su vida moral y religiosa, la cual sin él languidece, desfallece y se extingue. Siente el pueblo esta necesidad, y la siente con sobrada razon, porque, ¿quién endereza sus acciones, quién corrije sus errores, quién mejora sus costumbres, quién allana las sendas de su perfeccionamiento moral y religioso mas que la palabra sagrada? ¿Quién penetra el entendimiento llevando á él la luz de la verdad que le enaltece, quién conmueve el corazon haciéndole sentir la llama del amor divino que le entusiasma y arrebatá, quién arrastra fuertemente á la voluntad hácia el bien supremo que se muestra en lontananza, sino la enérgica, vehemente y persuasiva palabra del orador cristiano?

Y si esta palabra es la que sale de los lábios de los distinguidos oradores que tenemos la complacencia de escuchar en estos dias, en-

tonces, ¡oh! entonces crece de punto la importancia y la influencia de la palabra, y crece tanto, que apenas se puede vislumbrar el límite á donde llega. Tal es su belleza en las formas, su fuerza de conviccion en el fondo, su uncion evangélica, que se insinúa dulcemente en los corazones, arrastra, cautiva y persuade, sin dejar lugar mas que á abrazar la verdad que ella encierra y reparte tan profusamente.

El pueblo tambien alcanza en su buen sentido moral, aún por fortuna no borrado de su inteligencia, que la posesion de las verdades religiosas y morales es la base de su bienestar actual y que le lleva derechamente á su bienestar futuro. Lo conoce esto prácticamente porque comprende, y la historia se lo enseña, que donde tienen asiento permanente aquellas verdades disminuyen los vicios, se extinguen rápidamente los errores, y desaparecen esas lastimosas locuras de imaginaciones satánicamente enfermas, que tienden á convertir á la humanidad en un inmenso manicomio. Bien conoce esto el pueblo, y por eso, deseando poner coto al contagio que por doquiera nos invade, acude instintivamente á las únicas y verdaderas fuentes de salud. Ya la alcanzará, seguros estamos de ello, si continúa por este camino sin imitar la conducta de Loth, que las Santas Escrituras nos presentan como un notabilísimo ejemplo de escarmiento.

Hagamos aquí alto por hoy, porque las conferencias siguen todavía

y terminarán mañana, y despues podremos ocuparnos en conjunto de todas ellas y de sus resultados, así como tambien de las dadas á otras clases en particular. Por ahora sigamos oyendo con fruto la voz de santificación.

UN APOSTOL PARISIEN.

Entre los predicadores de Paris, el más popular en la verdadera acepcion de la palabra, y el que más frutos debe recoger, en tanto cuanto podemos juzgar los humanos de los efectos de la gracia, descuella un anciano venerable que entrará en el cielo acompañado de una falange considerable de almas conquistadas para Cristo.

Ni el Padre Félix, ni el Padre Montsabrè pueden comparérsele, ni áun de lejos. Estos sin duda cuentan más adoradores y oyentes entre las clases ilustradas que fabrican las reputaciones, y tributan los elogios en la prensa y dan la boga. Pero el anciano de quien hablamos es más conocido y tiene más ascendentes en la multitud parisien, entre el ejército innumerable de trabajadores sin Dios, clase semi-bárbara, infortunada, alejada de la religion por la propaganda revolucionaria, y privada de la única fuente de resignacion, de esperanza y de consuelo, con que

los pobres y desheredados cuentan en este valle de lágrimas.

El Padre Luis Milleriot, de la Compañía de Jesús, es uno de esos hombres que parecen desafiar la muerte con su robustez. Tiene 80 años, es natural de Auxerre y dice con gracia de sí mismo, que ya sabe que es hombre de años, pero que una cosa es tener años y otra cosa es ser viejo. Conserva la actividad, la energía, el buen humor y el vozarron que en su juventud. Ha sido prefecto de estudios en el famoso colegio de Stanislas y misionero en Francia. Esta era realmente su vocacion, y sin duda conociendo sus extraordinarias facultades, sus superiores le han consagrado á evangelizar los salvajes de la civilizacion. Treinta y cuatro años há que ejerce tan difícil apostolado en esta gran Babilonia.

Todos los dias se levanta á las tres y media de la madrugada, dice su misa en la iglesia de la casa de la Compañía de la calle de Sevres, y corre á meterse en el confesonario en la parroquia de San Sulpicio. Allá aguarda á los grandes pecadores, á los olvidadizos, á los desertores, á los renegados, á los convertidos, á todas las ovejas descarriadas que vuelven al redil, y las vuelve á templar en el fuego de la fé y del amor á Dios. ¡Cuántos desórdenes, qué de extravíos, cuántos crímenes no habrá evitado ese humilde soldado de Cristo! ¡Cuántos ódios no habrá extinguido, qué dramas no habrá resuelto cristianamente, cuántos desesperados no habrá arrancado á la

muerte, cuántas familias no le deberán la dicha á ese valeroso hijo de San Ignacio!

Porque hay que notar, que el Padre Milleriot no se contenta con algunas horas de confesonario. Lo mismo se le encuentra en él al medio día que á las nueve de la noche. Cuando no confiesa, es que vela á un enfermo, ó corre detrás de un impenitente reacio, ó hace la corte á un padre brutal para bautizarle un hijo, ó trabaja por retirar de la mala vida á una muchacha abandonada, ó trata de curar del vicio de beber á un marido que hunde en la miseria y en la desolacion á toda su familia.

Los medios de que se vale el Padre Milleriot para conquistar almas, son tan ingeniosos y demuestran generalmente un celo tan vivo por la salvacion de los hombres, que han pasado á ser legendarios en Paris. No hay apenas parisien que no conozca al Padre Milleriot, y sobre todo que no sepa una historia de tantas maravillas como se cuentan de él. Porque no solamente reparte en el confesonario, por las calles, entre los niños, en las casas á donde va, rosarios, medallas, crucifijos, estampas y libritos; tiene además un talento notable para penetrar en muchos rincones, la habilidad de hacerse escuchar siempre, la gracia con unos, la rudeza con otros, la blandura con los de más allá, la oportunidad, el donaire y la unción evangélica constantemente. Por Paris se dice que frecuentemente se le ha visto entrar hasta en las taber-

nas, y hasta resignarse valerosamente á trincar con los más encallecidos pecadores, á bien de lanzarles el dardo sublime de la fé.

¡Cuántos energúmenos de esos que se comen á los jesuitas vivos, no han capitulado echándose á llorar delante del Padre Milleriot! Justamente él va siempre trás de la caza mayor: él mismo lo dice: á mi no me gustan más que los «peces gordos!» Cuando él dá con un peje que blasfema de los curas y que jamás ha puesto los piés en la iglesia, es cuando se siente en su elemento. Entónces es cuando echa mano de sus grandes anzuelos. Y, en verdad, que el Padre Milleriot no aspira á ser predicador académico ni teatral, cuando predica es para pescar algo.

En los hospitales de Paris lo saben muy bien las hermanas de la Caridad. Allá donde hay un enfermo que echa venablos por la boca cuando oye hablar del cura, allá donde aparece un escéptico Volteriano moribundo que insulta á los mogigatos y suelta ternos contra las sotanas, allá cerca está el Padre Milleriot que poco despues lo convierte en un cordero.

Nadie como él conoce esas ingeniosas estratagemas con que se llega á amansar el carácter más duro. Los incrédulos más tenaces suelen rendírsele como por encanto. Antes de haber hecho resistencia, muchos, desarmados y conmovidos se le abrazan pidiendo que les confiese.

Al uno le interpela como por acaso, bajo pretexto de que es su pai-

sano: á otro le dice que se ha equivocado de piso, y á las pocas palabras triunfa de su repugnancia y de su incredulidad: en fin, cuentan que un dia se metió en una buhardilla con pretexto de hacerse echar la buenaventura por una bruja que se moría, y entre chanzas y veras, oyendo las predicciones de la gitana, y diciendo él las predicciones del Evangelio, acabó por arrancar del corazón de la vieja las nécias supersticiones y por administrarla y prepararla para una buena muerte.

Imposible seria enumerar todos los recursos de su génio apostólico. Por más precauciones que se tomen contra él, los más rebeldes y recalcitrantes se dan á partido. Siempre encuentra el santo anciano un flaco por donde llegar al corazón del pecador. Zapateros y porteros (que aquí hacen generalmente gala de ateísmo y darvinismo), tienen que rendírsele á discrecion. Hay hombre de estos que se hace el jaque parapetado en los artículos de *La Lanterne* ó de otro periódico más impío aún, y que al ver al buen anciano acariciar á su chico y darle unos dulces, depone las armas y saluda cariñosamente al Jesuita. De aquí á una conversacion amistosa y cordial no hay más que un paso.

Durante la época de la «Comunne» el Padre Milleriot no salió de París, ni siquiera se escondió. Todos los dias asistia puntualmente al confesonario, y recorria tranquilamente los barrios bajos en donde ardía la guerra civil.

Las gentes del pueblo le conocian y saludaban, y en caso necesario le hubieran protegido: pero él no corria peligro ni necesitaba de nadie.

De esta época se cuentan muchos rasgos sublimes de serenidad referentes al Padre Milleriot y á su ascendente sobre los hombres del pueblo.

Un dia se vió detenido por un puesto de federales en medio de la calle:

—¿Quién eres tú? le gritó un ciudadano alto y lleno de galones, encarándose con él.

—Yo soy el padre de los pobres.

—¿Y eso qué significa?

—Eso significa, replicó el Padre, que en lo que va de año he dado 15.000 francos de limosna. ¿Y tú?

Ante este «¿y tú?» dicho con un aire medio bonachon, medio irónico, y completamente tranquilo, los federales estupefactos, se apartaron y le dejaron pasar llenos de respeto.

Otro dia que solo confesaba hombres, se hallaba en el confesonario de San Sulpicio, aguardando á sus consabidos peces gordos. Una mujer se llegó al confesonario.

—Señora, dijo el Padre, usted se equivoca...

—Padre, le diré á V: yo hace veinte años que no me he confesado, y creía...

—Quédese usted, hija mia, interrumpió el Padre, tiene V. razon. ¡Usted vale por dos hombres!

Para dar una débil idea del fruto que producen los sermones del Padre Milleriot, bastará que digamos,

que siempre predica por lo regular en las iglesias de los barrios populosos, y siempre se halla la iglesia llena media hora antes de comenzar el sermón.

Su oratoria es completamente familiar, su lenguaje puramente parisien. Generalmente en sus sermones, los oyentes se dan de cogotadas de risa, ó lloran á lágrima viva. Lo uno trae lo otro. Muchos que van por curiosidad, ó por los chistes que les ha contado el amigo ó la mujer, empiezan por aficionarse á las maneras francas y alegres del Padre Milleriot, y acaban por arrepentirse de su mala vida, y por encontrar la paz del alma de que solo pueden gozar los justos.

Leon.

Paris 2 de Mayo de 1879.

EL PATRONATO A LOS REYES.

Solamente queremos recordar, que la Silla apostólica á quien está reservada la provision de los Obispados, ha acostumbrado á conceder (indulger) el derecho de patronato á aquellos Príncipes que han merecido bien de la Iglesia, defendiendo sus derechos, favoreciendo su propagacion y enriqueciendo su patrimonio; mas aquellos que la combaten, atacando sus derechos y usurpando sus bienes, por este solo motivo se incapacitan, segun los cánones, para ejercerlo.

(Carta de Leon XIII al Cardenal Nina)

No me ocupo yo, benévolo lector, del pase régio como cuestion aca-

démica y puramente cronológica, porque no trato de una opinion, sino de un principio, no resuelvo un problema, recuerdo una verdad; y en esto no caben escuelas ni históricas ni filosóficas; uno debe ser el criterio porque una es la verdad, y la verdad en los principios no se discute.

Si blasfemia seria y muy gran blasfemia el que uno dijese, que las doctrinas del Verbo debian entregarse á los discípulos de los hombres, no lo es menos el poner en tela de juicio la jurisdiccion real y simbólica de las llaves de la Iglesia.

Y no vaya nadie á creer que en odio á las potestades de la tierra levantamos nuestra voz sobre el particular, nó, miras más altas nos interesan.

Buscamos al culpable, sí, y con dolor hemos de confesarlo, no siempre le prendemos en las cancellerías reales ni en los disipados salones del astuto diplomático.

¡Ah! Cuántas veces hemos de repetir con el divino Jesús en este asunto hasta á nuestros deudos y conocidos: «¿Amice, ad quid venisti?» ¿Cómo? Y tu tambien eres de los de la liga?

Porque has de saber, lector amado, que hoy no faltan, sino que sobran católicos de color, que anhelan tanto la paz para la Iglesia, que á fin de evitar quebraderos de cabeza, le hacen cesion «donationis causa» del incensario y del cáliz.

Tan bendita la quieren, tan claustral, que de rejas adentro nada le

niegan, son sus devotos guardianes, que en sayo penitente doquier la siguen y hacen vela.

Estos tales pertenecen á la familia de los mansos intrigantes, es el iscarriotismo disfrazado con la túnica del Redentor.

Mas ay de la Iglesia el dia que, saliendo extramuros del templo, como mandataria y en virtud de la prerrogativa de Cristo impone la ley—«dicit jus»—á los pueblos, y dirigiéndose á los poderosos de la tierra les comunica su suprema voluntad, con el guárdese y cúmplase de estilo, ¡oh! entonces, qué aquelarre se promueve, como rebraman los fulanos, ni los buitres cuando se disputan las carnes de un cadáver putrefacto.

Son los sayones de la ley, que la rajan, la mutilan y estrujan.

Oidles sino, y os dirán, que el derecho nuevo no sufre tales atropellos, ya que la nacion que tal cosa consintiera, «ipso facto» abdicaria de su soberanía y libertad. Primer argumento.

¡Insensatos! como si no supiéramos, como dice un ilustre autor, que fundar un derecho nuevo es crear un Dios nuevo, y que un derecho nuevo fuera un Dios nuevo.

Solo Dios es soberano, porque solo Dios es omnipotente. Lo demás todo sirve de escabel á sus piés.

Una sola es la constitucion de los pueblos; «Adorarás á tu Dios y Señor, y á El solo servirás.» Testigo el mismo Satan, jefe de la canalla rebelde en la region de los espíritus inmundos.

Es aquella constitucion interna que con vigoroso lenguaje recordaba en una sesion del Congreso el perspicaz Gonzalez Brabo, escrita por el dedo de Dios en el corazon de las sociedades.

Inmutable como el mismo, esta no varia ni cambiará jamás.

Dios es el que echó las bases de toda sociedad; Jesucristo su restaurador; nosotros somos sus libertos.

Si Dios es el autor, á él toca fijar los límites.

Pero es esta la diferencia: Que mientras los Principados civiles reciben el poder de Dios de un modo originario, y realizan sus fines por medios puramente humanos, supuesta la Providencia divina, la Iglesia lo recibe del mismo de un modo directo y en contacto inmediato con el Espíritu creador, «á prima institutione.»

Es la omnipotestad de Jesucristo á ella comunicada.

Ahora bien: ¿Qué es la Iglesia? ¿Es una institucion divina ó humana? ¿Vino al mundo al igual de las demás, «sine jure certo, sine lege certa» como diria el antiguo jurisconsulto romano? ¿Será acaso hija de la convencion ó resultado de un plebiscito?

Ea, hablad y hablad récio, tenebrosos políticos. Aguardamos la respuesta.

¡Pero bah! no seamos tan cándidos. Muy bien lo sabemos todos quien es la Iglesia.

Es la esposa del cordero immaculado, tan cariñoso con ella que la

cuida como la pupila de sus ojos y la ampara bajo la sombra de sus alas.

Ella es la que dá ley al mundo, porque ella es la depositaria de los arcanos de Dios. Y la dará «arriba y abajo» á pesar de los pesares. Colocada en este terreno, amada ó perseguida, cumplirá con su mision.

Si los imperios han de ser libres é independientes deben serlo por Dios y en Jesucristo, que equivale á decir, en la Iglesia, no por el gorro frigio ni los signos del mason.

El emblema de la Cruz ha de ser la bandera de todas las nacionalidades habidas y por haber, este es el lábaro santo que ha de darles pujanza y gloria, porque ella es su fé de vida.

¿Sucede esto así? En su dia lo veremos.

CRÓNICA RELIGIOSA.

BARCELONA 5.—Ayer á las cinco de la tarde, como habíamos anunciado, se verificó con toda solemnidad la ceremonia de colocar la primera piedra del nuevo edificio del Seminario Conciliar de esta ciudad. A este acto asistieron representantes de las autoridades civiles y militares, del Cabildo Catedral, del Claustro Universitario, de las distintas órdenes religiosas, del Clero parroquial y de otras corporaciones. S. E. Ilma. el señor Obispo celebró el acto asistido de los M. I. señores canónigos D. José Morgades y Gili, canónigo penitenciario y

rector del Seminario Conciliar, y D. Domingo Cortés, canónigo doctoral.

Segun habíamos dicho, esta ceremonia tuvo lugar en la parte del solar en donde ha de levantarse la iglesia. En la parte correspondiente al altar mayor se colocó una cruz dorada con una guirnalda de flores bajo un templete formado tambien de matas y flores, y frente á este templete y en la parte que corresponde á la entrada del templo, se levantó un elegante entoldado, en donde bajo un dosel de terciopelo se colocó un altar con un Crucifijo y un cuadro con la imágen de la Virgen María, amparando el Seminario, representado en un cuadro sostenido por dos ángeles.

En el entoldado se colocaron sillas de distincion para las autoridades y demás personas invitadas, y las paredes estaban adornadas con los planos del mismo edificio. La piedra se colocó, conforme el ritual, en una zanja abierta á cuatro metros de profundidad á la izquierda del altar.

Revestido de pontifical y asistido de los expresados señores del Cabildo Catedral celebró S. E. Ilma. la complicada ceremonia, que hemos descrito ya otras veces, la cual empezó bendiciendo el agua. Despues de recorrer procesionalmente, precedido de la cruz alta y los ciriales, el perímetro de la iglesia, entonando los cantos religiosos y bendiciendo los lugares que prescribe el ritual, se rezaron las letanias de los santos, y luego el notario público D. Pablo Milá de la Roca extendió el acta en pergamino y la leyó, pasando despues á firmarla nuestro Prelado, el Sr. Rector del Seminario, los representantes de las auto-

ridades y corporaciones. El acta fué colocada en una redoma de cristal junto con el último número del periódico *La Revista Popular*, y los del *Diario de Barcelona* y *El Correo Catalán* correspondientes al día de ayer, y además algunas medallas y monedas. La redoma cerrada con lacre y sellada se colocó después dentro de una cajita de zinc, y acto seguido S. E. Ilma. la puso en un hueco de la piedra que se colocó.

Después de la ceremonia Su Excelencia ilustrísima pronunció un elocuente y sentido discurso, en el cual dijo que el acto que acababa de celebrarse revestía gran importancia bajo tres distintos aspectos. Considerado bajo el punto de vista artístico, porque era un nuevo monumento que contribuiría á embellecer esta ciudad, demostrando que la religión es amiga de las artes bellas que siempre ha fomentado.

Bajo el punto de vista religioso, dijo que era importante, porque allí se iba á levantar un templo en donde había de descender Dios para tomar en él morada, templo que vendría á ser una reparación de los ultrajes que á Dios se han inferido en esta ciudad por los enemigos de la religión. Y añadió que bajo el punto de vista científico su importancia era también grande, porque el edificio estaba destinado á ser una escuela en donde, amestrados por sabios y virtuosos profesores, salieran nuevos sacerdotes á predicar la moral cristiana y las verdades de la religión, combatiendo las funestas teorías panteístas, darwinistas y otras que, pasando hoy de la teoría á la práctica, contribuyen á desmoralizar á los pueblos y hacen casi imposible el

buen gobierno de las naciones. Después de haber explicado S. E. Ilma. el por qué había querido que la ceremonia se celebrase el día del Patrocinio de San José y el por qué, además de estar consagrado el Seminario á la Virgen María, que es «sedes sapientiæ,» quiso que se consagrara de un modo especial al Sagrado Corazón de Jesús, como se había hecho constar en el acta, dijo que concedía 40 días de indulgencia á los que recibiendo su bendición rezaran una oración á la Virgen y á San José, para que protegieran al nuevo edificio, haciendo que pudiese llevarse á feliz término sin ningún contratiempo, y que después cumpliera éste su misión.

Dió después nuestro Prelado la bendición episcopal y terminó este acto cerca de las siete de la tarde.

Transcribimos el siguiente interesante documento, y la contestación al telegrama enviado á S. S. por dicho venerable Prelado:

ACTA

del nuevo Seminario en construcción, puesta en la primera piedra el domingo fiesta del Patrocinio de San José.

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

En el año de la Natividad del Señor 1879, día 4 de Mayo, festividad del Patrocinio del gloriosísimo Patriarca San José, bajo el Pontificado de Leon XIII y reinando en España S. M. católica don Alfonso XII, el Ilmo. Sr. Dr. D. José María de Urquinaona y Bidot, Obispo de esta diócesis, ha puesto con toda solem-

nidad la primera piedra en este terreno, sobre el que va á construirse el Seminario Conciliar del obispado, del cual se halla ser Rector el M. I. Sr. Dr. D. José Morgades y Gili, canónigo penitenciario de esta Santa Basilica, asistiendo á este acto las autoridades eclesiásticas, civiles y militares, que firman á continuacion, con otras distinguidas personas en nombre propio y el de muchas otras de distintas corporaciones, clases y categorías eclesiásticas y civiles que se hallan presentes, todas las cuales con el pueblo fiel, esperan de la bondad y omnipotencia de Dios que podrá llevarse á cabo con toda felicidad tan santa obra, para mayor gloria y santificacion de las almas.

El edificio ha de ocupar una manzana cuadrada de 114 metros de lado. Linda por S. E. con la calle de la Diputacion, por S. O. con la de la Universidad, por el N. E. con la de Balmes y por el N. O. con la del Consejo de Ciento. La planta es cruciforme; tiene la capilla en su punto medio y se desarrolla en cuatro altos y semisótano en el cuerpo posterior.

El solar mide en conjunto 333.000 palmos superficiales, de los cuales se edificarán 182,643 y quedan para jardines 150.357 palmos.

El autor del proyecto y director de las obras es D. Elías Rogent, arquitecto director de la escuela de Arquitectura de Barcelona.

El Seminario lleva desde su fundacion la advocacion de Nuestra Señora de Monte-Alegre, y el señor Obispo, conservándola con toda la satisfaccion de su alma por ponerlo bajo la proteccion de

la «que es Madre de la sabiduría,» lo consagra de una manera particular al Sagrado Corazon de Jesús y al glorioso Patriarca San José.

Y para que perpétuamente así conste se deposita esta Acta, extendida en pergamino, que puesta dentro de un tubo con varias monedas y medallas y diarios de esta capital, se coloca en esta primera piedra; de todo lo que el infrascrito Pablo Milá de la Roca, Notario público, con residencia en esta ciudad, doy fé.

Telégrama constestacion al que dirigió el señor Obispo á S. S., manifestándole esta funcion.

Roma 6, á las 6'25.

Al Sr. Obispo de Barcelona:

S. S. le dá expresivas gracias por la noticia; bendice la obra y hace voto por la feliz conclusion del nuevo Seminario.

L. Cardenal Nina.

Leemos en *El Fénix*:

«El domingo efectuó el Sr. D. Jaime Catalá y Albosa, nuevo obispo de Cádiz, su entrada solemne en aquella capital. Una comision del Cabildo catedral, precedida de capellanes y pertiguero, y otra de la Diputacion, precedida de sus ugiéres, salieron á las nueve de la mañana para San Fernando, desde donde acompañaron á S. I. hasta el término municipal, en que esperaban el gobernador civil y una comision del Ayuntamiento.

Los señores gobernador y alcalde felicitaron al nuevo obispo, expresando el segundo en nombre de la ciudad sus sentimientos religiosos y la satisfaccion

con que el pueblo de Cádiz recibía á tan ilustre y virtuoso prelado, garantía segura del bien moral del pueblo cristiano, que en aquel momento le esperaba dentro de la ciudad para saludarle.

A las once se puso en marcha la legación del Ayuntamiento, precedida de municipales de caballería y clarines de la ciudad.

Hé aquí el orden de la comitiva:

Un carruaje con el mayordomo de la ciudad, maestro de ceremonias y maceiros. Carruaje de señores concejales y el secretario del Ayuntamiento. Otro con los porteros de la Diputación. Otro con los señores diputados y algunos más con las comisiones del cabildo, el hermano de S. I., su sobrino el Sr. D. Félix Soler, D. Ignacio Poch, director del Colegio de San Telmo y otras muchas personas en varios carruajes.

Un carruaje de gran gala con las armas de la ciudad fué ocupado por S. I. llevando á su izquierda al señor gobernador civil y enfrente al señor alcalde y arcediano de esta catedral, y detrás de este carruaje otros varios de particulares.

La comitiva se dirigió á la catedral, orando el señor Obispo algunos momentos y dando la bendición al pueblo, el que entusiasmado en aquellos momentos, demostró sus grandes sentimientos religiosos, interrumpiendo el paso del Prelado constantemente, deseoso de conocerle, conmoviéndose visiblemente al ver aquella espontánea manifestación de todo un pueblo católico.

Las bandas de música de los regimientos de guarnición en esta plaza, y que estaban colocadas en la catedral y

en el palacio, tocaron la marcha real al pasar S. I. en dirección á la morda, en donde esperaban para saludarle la autoridad militar, los jefes de los cuerpos de la guarnición, comisiones de todas las sociedades y academias, funcionarios públicos y gran número de familias de la capital.

Un gentío inmenso hacía imposible el tránsito, sin que afortunadamente haya habido que lamentar hecho alguno desagradable.

El carácter afable del Sr. Obispo le ha hecho adquirir desde los primeros momentos las mayores simpatías.

EL PADRE SANTO Y RUSIA.

Segun la *Germania*, impresionado el gobierno ruso por el atentado de que se salvó casi milagrosamente el czar, mandó que la Encíclica de S. S. Leon XIII contra el socialismo fuese leída desde el púlpito en todas las iglesias católicas del imperio tres veces seguidas y en el idioma del pueblo.

Es preciso tener presente que el gobierno prohibió en las iglesias el uso de todo otro idioma que el ruso, á fin de *rusificar* de un modo completo á los diversos pueblos, y que prohibió bajo las más severas penas la publicación de los documentos pontificios. Así vemos que la Encíclica del Jubileo no ha sido publicada en Polonia; los fieles han tenido individualmente noticia por medio del Clero de que el Padre Santo ha abierto el tesoro de las indulgencias para la Iglesia universal. Pero respecto de la Encíclica contra el socialismo, el gobierno

ruso desea que sus enseñanzas llegasen á todos los corazones. ¿Es que empieza á ver claro á la luz siniestra de los sucesos que tienen lugar en los dominios del czar?

Los sucesos han debido abrir los ojos al más ciego. Sólo en el correo de ayer hallamos noticia del asesinato de tres jefes de policía de diversas provincias del imperio moscovita y de diez crímenes de diversas clases cometidos por los nihilistas.

Sentado el principio es preciso aceptar las consecuencias. El gobierno ruso ha reconocido la virtud de la doctrina católica para combatir á los nihilistas. Reconocida esta virtud, es preciso que conceda á los sacerdotes católicos toda la libertad necesaria para ejercer su sagrado ministerio. Solo así logrará contener los progresos de las sectas y destruirlas.

Dicen de Roma con fecha 2 de Mayo:

«El Papa ha recibido hoy á cerca de 500 peregrinos franceses.

El vizconde de Damas ha leído un mensaje, al cual Su Santidad ha contestado en francés.

El Padre Santo se ha mostrado muy afectuoso con los franceses, y su discurso está lleno de exhortaciones y consejos.

Los peregrinos han presentado después sus ofrendas para el Dinero de San Pedro.

El Papa, al bendecir á los peregrinos, les ha animado á perseverar en la lucha que la Francia católica sostiene con graves obstáculos en favor de los derechos de Dios y de la Iglesia por la salud de la familia y de la sociedad.»

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial, á las nueve, misa conventual.—Por la tarde continúan las Flores de Mayo, terminando con las conferencias religiosas y morales que, con extraordinaria concurrencia y aceptación, vienen dando desde el día 8 los PP. Maruri y Martorell.

En Santa María, á las nueve, misa mayor.

Lunes.—En el Monasterio de la Santa Faz se celebrará la función religiosa con que las operarias de esta fábrica de tabacos conmemoran anualmente su gratitud, por haberse visto libres del horrible incendio de 1844. En dicha función predicará el P. Martorell.

Martes.—En las Agustinas, á las siete, misa de renovación, y por la tarde trisagio.

Jueves.—*La Ascension del Señor.*—En la Colegial, á las nueve, misa conventual con sermón. A las once misa llamada de *Hora*.

En Santa María, á las nueve, misa solemne y á las once misa de *Hora* con el Señor manifiesto.

En las Capuchinas, á las seis y media, misa de renovación, y por la tarde, á las cuatro, trisagio.

Sábado.—En la Colegial, á las ocho, y en Santa María, á las nueve, misa de renovación.

ADVERTENCIA.

Con el objeto de regularizar la administración, rogamos á nuestros abonados se sirvan enviar las cantidades que adeudan por la suscripción á este periódico hasta fin de Diciembre último.